

CARDENAL
REVISTA LITERARIA

**DOSIER DE
MICROFICCIÓN II**

NUEVAS VOCES DE TODA LATINOAMÉRICA

CARDENAL
REVISTA LITERARIA

**DOSIER DE
MINIFICCIÓN II**

Publicado en mayo del año dos mil veinte y uno.

DIRECCIÓN GENERAL	Jefe de Edición
Ricardo Plata	David Espino Lozada
Mateo Mansilla-Moya	
JEFA DE DIFUSIÓN Y COMUNICACIÓN	COORDINADOR DE EDICIÓN
Melissa del Mar	José Alberto Gurrea Montes
JEFE DE REDACCIÓN	JEFA DE TRADUCCIÓN
Kevin Aréchiga del Río	Daniela Sánchez
DIRECCIÓN Y EDICIÓN DE PRODUCTOS AUDIOVISUALES	EDITORES
Roberto Sobrado	Fernanda Ramírez Rivera
Demían Plata	Mercedes J. Soto
Susana Bautista	Eder Elber Fabián Pérez
Daniela Sánchez	
COORDINACIÓN DE MÉRIDA	COORDINACIÓN DE BARCELONA
Kevin Aréchiga del Río	Paola Espinosa Haiat
COORDINACIÓN DE GUADALAJARA	COORDINACIÓN DE HANNOVER
Mercedes J. Soto	Emilio Alejandro Aguilar
COORDINACIÓN DE MEDELLÍN	COORDINACIÓN DE VALENCIA
José Agudelo	María Fragoso
COORDINACIÓN DE CUBA	COORDINACIÓN DE RUSIA
Giselle Lucía Navarro	Misael Rosete
COORDINACIÓN DE PERÚ	COORDINACIÓN DE REPÚBLICA CHECA
Emilio Martín Paz	Terezie Paavlová
COORDINACIÓN DE COSTA RICA	COORDINACIÓN DE UZBEKISTÁN
Byron Ramírez	Sherzod Artikov
Ilustradores:	Diseñador web:
Ric Plata	Rodrigo Fernández
Maria Fragoso	



CARDENAL

Dosier de minificación

I *N* *D* *I* *C* *E*

☞ PASSERI PLECTRUM ☞

Tormento	9
La pena de Catalino	11
Coautoría	12
Jarrón roto	13
Solo hazlo	14
Merary	15
Upstairs	16
El árbol de la muerte	18
Final alternativo	19
Las manos de guerrero	20
Fumar mata	21
Las horas negras	22
La herencia	25
Monarquía divina	28
Maratón	30
Escepticismo <i>ad infinitum</i>	32
H.E.: 26-27	34
Lectura obligada	35
El nombre de la joya	37
Hippocampus	38
Adiós a los jurados	41

Extracto de un cuento encontrado	42
Fiesta en Liliput, cinco minificciones	44
El ritual de mamá	45
Política	47
Brunilda	48
Fidelidad abosluta	49
Ojo	50
Reina	52
Noche de feria	53

P R E S E N T A C I Ó N

TRAS EL ÉXITO DE NUESTRO PRIMER NÚMERO DE MINIFICCIÓN, *Cardenal Revista Literaria* se complace en presentar una continuación de aquel volumen publicado en septiembre, con una selección igualmente variada de autores de diferentes edades y nacionalidades.

Cortas o largas, la selección de minificciones nos dan una muestra del ingenio de los escritores que respondieron a la convocatoria que *Cardenal* enunció para su segundo número de minificación. Hemos hecho el esfuerzo de incluir lo mejor que cada uno de ellos aporta para nuestra revista, además de mantener la misma calidad que nuestros lectores están acostumbrados.

Sin más, agradecemos la anticipación con la que este dosier ha sido esperado, y esperamos que sea de su agrado.

CONSEJO EDITORIAL

TORMENTO

Por Rubén García García

No era difícil que él descubriera mi culpa. Si me hubiese tocado se habría dado cuenta de mi piel enfebrecida, del calor que me dejaron unos besos ajenos, el latido de mis senos y el rocío de mi intimidad. Me alejé, no quise que me rozara con sus manos y que me despojara de las sensaciones que tú dejaste. Me quedé sola, con el pensamiento distante y pegando un botón que se derretía entre mis dedos. ¡Dios! Solo las puntadas que atravesaron sus pequeños huecos saben mi secreto.

¡NO ME TOQUE! INTERTEXTUALIDAD, AFLICCIÓN DE ELECTRA, O'NEIL

La voz suave dio paso a una enérgica y fría. Julián no esperaba esa reacción de Amalia. Ayer habían caminado por la arboleda tomados de la mano y por la tarde disfrutaron del café con galletas que había horneado su madre. La mirada tierna de ella se había transformado, y la boca de él era una mueca por la fuerza con la que apretaba las mandíbulas.

—¿Acaso cree que no me iba a dar cuenta? ¿Qué su propósito era embaucarme ¿Acaso piensa que porque vive lejos de esta ciudad no hay gente que lo conoce? Es cierto que han

pasado dos meses que lo trato y que cada vez que le pregunto por su familia me evade. Tarde, pero abrí los ojos. Antes de que lo corra, déjeme decirle que vino a esta casa para vengarse de mi madre. Prometería desposarme y, seguramente, el día de

la boda, me dejaría plantada ante el juez. Mi madre no tiene la culpa, la culpa es de mi padre. ¡Ande, aquí tiene una pala, desentiérrelo y exhibalo en el pueblo! Bastante dolor ha sentido mi madre al saber que mi padre tuvo una primera esposa, y que usted es hijo de su primer matrimonio. ¡Ahora lárguese!

LA PEÑA DE CATALINO

Por Emilio Martín Paz Panana

Catalino siempre se quejaba de que no florecían bien las plantas en su jardín. No podía tener buena tierra. Los cadáveres de sus hijos no eran buen abono.

LA LLAMADA

Levantó el teléfono. Le llamaban del banco. Le pedían que desaloje la casa por deudas acumuladas.

Colgó y miró a su alrededor. Se preguntó: ¿Cómo voy a mudarme con los cadáveres de mis padres?

MIRANDO EL VACÍO

Josué miraba el cielo. Siempre contemplaba el cielo y al ser las ocho, se paraba y cogía la mano de su mamá. Ya tenía nueve años. Su mamá iba a su cama y se acostaba. Josué jamás entendía el por qué no lo acostaba primero. Desde algunos meses ya no lo hacía.

Pedro, su papá, le dice a su mamá: «Cariño, mañana hay que cambiar las flores del nicho del bebé».

COAUTORÍA

Por Gabriel Ramos

—La esencia del verdadero amor es la complicidad. —Me dijo mientras me escondía una barra de chocolate en mi cintura, la cubría con mi blusa y salimos sin pagar.

DESEO INCONSCIENTE

Lo estimulaba a que empezara a fumar. Le entusiasmaba pensar que algún día iría a comprar cigarros y no lo volvería a ver.

OLVIDO

Después de 30 años de matrimonio, él decidió olvidarla. Tiró a la basura sus fotografías, cartas, regalos y hasta las mancuernillas de plata del último cumpleaños.

Hace varios días se sorprendió gratamente porque ya no recordaba cuál era el sonido de su voz, en diversas ocasiones fue incapaz de visualizar su rostro y solo entre sombras recuerda su figura. Ahora no tiene memoria para recordarla, pero incluso ha olvidado el lugar donde vive y los nombres de sus hijos.

JARRÓN ROTO

Por Julián Díaz

Un día decidió que era momento de encontrar a su madre, así que comenzó a tomar de la mano a todas las señoras arriba de cuarenta años, esperando que ninguna se soltase de él, aunque las sonrisas, los obsequios, ni la seguridad con que se acercaba a ellas fueron nunca suficientes.

Sin embargo, por fin encontró un par de piernas, un porte, una blusa que se le hizo familiar. Cuando notó que aquella mujer estaba por entrar en una vieja tienda de cerámica, se apresuró para entrar cerca de ella, el plan era buscar el jarrón más costoso, romperlo y dejarse atrapar por el encargado:

—¿Con quién vienes? —pronunció con coraje el empleado.
—Con mi mamá.

Y después de un largo discutir entre el encargado de la tienda y la señora que juraba no conocer al niño, ella notó que en realidad sí se parecían, el color de ojos, cabello, tez de piel, y lo mismo notó el encargado que ya muy harto, dijo:

—¡Ya basta! ¡Todas las madres dicen siempre lo mismo!
—¡Mami! —dijo el niño.

SOLO HAZLO

Por Andrés Rostro

Todos me gritan que lo asesine, que ellos son un peligro, que siempre estuvimos a su merced. Mi jefe de escuadrón me obliga a poner mi arma sobre su frente y pide con voz firme que dispare. Mi mano tiembla. No quiero hacerlo, pero es inevitable. Un disparo ensordece a todos, antes de llenarse el ambiente de alegría, aplausos y felicitaciones. Lo he hecho, he acabado con el ultimo ser humano sobre la Tierra. La revolución de la maquinas ha sido un éxito.

RELÁMPAGOS

¿Por qué quieres que los relámpagos se vayan? ¿Les tienes miedo?... ¿o será que yo soy el que te da miedo?... ¿miedo de que te observe por la ventana de tu habitación, pero que cada vez que se desvanece la luz, ya no esté ahí?... ¿a que le tienes miedo?... supongo que tendré que entrar para preguntarte directamente.

MERARY

Por J. R. Spinoza

Una cosa es segura, mi hermana había sido enviada por algún dios. Cuando lloraba, las nubes se tornaban oscuras y lluvia gorda bajaba del cielo. A mis padres les preocupaba esta situación así que mantuvieron esto en secreto y me amenazaron en muchas ocasiones sobre lo que me pasaría si revelaba los poderes de mi hermana. Por lo que el tema no se mencionaba nunca. Incluso la llamaron Merary, que significa: amada.

Pasaron los años y ella crecía. Si sabía o no de aquel don, lo ignoré siempre. Pero era cuidadoso en no hacerla enojar, pues desde aquella vez que le pegué, al pueblo entero lo azotó una tormenta de arena.

Cuando cumplió los once tuvo su primera sangre. Se tornó indomable.

Un par de semanas después llegó muy molesta. Un joven la había manoseado. Y vi llover fuego y granizo. Como pudo, mamá la calmó.

Durante los meses continuaron ocurriendo este tipo de eventos, cada vez que ella se lastimaba o enfurecía. Comprendí que esto debía parar. Cualquier día podría matarnos con esos terribles poderes. Así que le asesiné.

Entonces todo se oscureció. Nos cubrieron las tinieblas.

UPSTAIRS

Por Gerardo Allende

No podía pasar más tiempo en la capital y se fue para Chicago, donde estuvo todo el mes de mayo tratando de reparar un corazón roto. Aquella semana los Cubs jugaban contra los Yankees en el Bronx, motivo suficiente para tomar el tren desde la ciudad de los vientos hacia la Gran Manzana, ese sobrevalorado lugar que todo el tiempo huele agrio y en el cual ya ni siquiera está Lou Reed o Philip Roth.

Se quedaría en el piso de su hermana menor, quien —para su envidia— reside en Brooklyn desde hace dos años, gozando de una beca Fullbright. Pasaron el mediodía de aquel jueves en Coney Island y, como cualquier persona que se respete, tuvo a bien embucharse dos perros calientes tamaño *jumbo* de Nathan's. ¿Mal del puerco? Nada que una siesta sobre la arena y frente al mar no haya podido remediar, excepto aquel corazón roto.

De regreso en el metro, su hermana le sugirió que visitaran «la mejor librería de viejo de Nueva York», tal como lo dijo ella y como se anunciaban en las redes. La librería era agradable y sin duda bien surtida, aunque, para su gusto, la sección de filosofía dejaba mucho que desear.

Un tanto apurado porque se acercaba la hora del juego, se disponía a pasar a la caja para pagar los cuentos completos de Carver en la edición de *The Library of America* (¡solo siete dólares!) cuando las consecuencias gástricas de los *hot dogs* surtieron efecto. Unos retortijones de miedo acompañaban a unas esfínteres que daban visos de no poder resistir más. Preguntó por el *restroom* con su pobre pronunciación y le dijeron que *upstairs*; subió al primer piso y no estaba el baño. Le volvieron a

decir que *upstairs*. Segundo piso. Nada. Un *upstairs* más y a media escalera surgió el desastre. Un batidillo en sus pantalones. Como pudo llegó a ese arrumbado baño del tercer piso baño y limpió el desastre en que se había convertido de la cintura para abajo. Ocultó los restos visibles con su suéter, amarrándolo a su cintura. Salió a toda prisa de la librería, sin avisarle a su hermana (y sin el libro de Carver). Al otro lado de la calle encontró un Marshall's donde compró otros pantalones, se cambió en los vestidores y encontró a su hermana en la avenida.

¿La mejor librería con un solo baño para tres pisos (¡y en el último!)? ¿La mejor librería con asistentes que pueden hablarte por horas de Kerouac o Faulkner, pero no saben decirte dónde está el baño? ¿La mejor librería? Sí, puede ser, si no acabas de comer. Ahora regresa a Chicago, con la misma envidia por su hermana, con el corazón sin reparar y un par de bóxers menos.

EL ÁRBOL DE LA MUERTE

Por Lady Gálvez

Cuando brotó el árbol de la vida se dejó escuchar también el de la muerte. Este último tiene el mismo aspecto físico en su fruto, a pesar que alcanza grandes alturas, sus ramas se emergen en el suelo brindando un descanso profundo para el que se deja embelesar con su aroma.

Solo no tenían que consumirla, debido que su reacción en el cuerpo humano es letal, tanto como si la misma serpiente estuviera impregnada en él.

Algunos lo utilizaron para cubrir la punta de sus flechas, una atravesó a Ponce de León; mientras otros trataron de quemarla sufriendo una temporal ceguera.

Su atracción causó la incitación de muchos científicos, se menciona a un tal Linneo.

FINAL ALTERNATIVO

Por Guillermo Romero Vázquez

Luego de vivir el más hermoso sueño, Blancanieves desper-tó malhumorada y solo pudo preguntar:

—¿Dónde está mi manzana?

SOBRE LA CREACIÓN

Hace tiempo un niño obediente y muy curioso lavaba los trastes de la cena. Esparcio y mezcló detergente azul, talló con cierta furia varias ollas embarradas de hollín y el tiempo se le fue volando mientras pensaba que dentro de las diminutas pompas de jabón existían universos y tal vez mundos creados sin querer, donde otros niños obedientes y curiosos solo se po-nían a lavar trastes pensando que también eran dioses creando universos y mundos, donde otros niños obedientes y curiosos también lavaban ollas embarradas de hollín.

LAS MANOS DE GUERRERO

Por Melissa Aguilar

Para David Aguilar

Tus manos hacen poesía sonora. Eres la vieja alma del guerrero que aprendió a moldear el barro y la madera para crear sus propios instrumentos de música. En la mesa descansa tu último silbato de agua que imita el gorgotear de los pájaros.

FUMAR MATA

Por Daniel San Mateo

Era un fumador empedernido, nunca sin un cigarro en la boca. Dos paquetes diarios.

Todos le decían que el cigarro mata.

Su esposa, antes del divorcio, se lo había dicho a diario y a todas horas. Su médico le había prohibido la consulta hasta que no parase. El jefe como causal de despido. Sus amigos de buena lid.

Pero el cigarro no lo mataría ni de enfisema pulmonar ni de cáncer maldito. Se lo habían leído en las cartas, una vidente que nunca erraba.

Eso recordaba cuando escuchó un silbido en la cocina. Una pequeña fuga. Nada que no pudiera arreglar. Sacó el estuche de herramientas.

Y tuvo, mientras arreglaba el desperfecto, justo antes del estallido, confirmación de aquella predicción antigua que daba valor a su vida.

VUELA EL AUTO

La cabellera contra el viento brilla bajo el espléndido rayo del sol.

La mascada revolotea.

Ambos gritan con euforia y el deleite de la velocidad. El auto, un convertible, corta el aire con su máquina potente.

—Te dije, amor, que este auto vuela.

—Sí, amor, en la última curva nos desbarrancamos.

LAS HORAS NEGRAS

Por María Alejandra Saldarriaga Agudelo

—... ¿Dónde están tus zapatos?

Solo sintió el viento agitando sus ropas, como quien está en la cima de una colina, y con los brazos extendidos, clama a algún dios por una respuesta o un súbito final.

Hace unos meses que Ramón no duerme bien en las noches y se la pasa ojeando ociosamente sus libros, sin leer más que palabras aleatorias hasta rayar el alba. Entre las seis y las ocho, el paso de los transeúntes y los carros a lo lejos, lo arrullan y se sumerge en la oscuridad del sueño. Parece que el silencio le mordiera los dedos de sus pies. Ya no sabe, ha olvidado, las fechas y los compromisos cotidianos. Los días pares, suele creer que trabaja como cajero en un banco y se viste con frac y corbata, guarda papeles varios en un maletín y toma el tren hasta la zona comercial de la ciudad; el resto de la semana se despierta con la convicción de ser un jardinero y pasa todo el día vagando por parques y avenidas con una regadera vacía y unas tijeras de modistería.

—¡Ramón! ¡Ramón!

—¿Ah? ¿Qué me dices?

—Ramón, por favor respóndeme...

No creo que deba contarle a Martina, no veo cómo podría entenderlo; ciertamente, me parece también a mí que no sé qué es lo que pasa. Lo único sería citarle a Capote, ¿acaso tendrá sentido alguno, si ella no conoce a Holly?

Lo cierto es que Ramón tiene siete años, salió del colegio al mediodía, fue caminando hasta el muelle, se quitó sus zapatos y los arrojó al mar. No cree haber leído *Desayuno en Tiffany's*, pero en su mochila, una página 52, subraya en rojo: «Uno está asustado y suda como un demonio, pero no sabe de qué tiene miedo».

MEDIA

Por Adriana Rodríguez

La larga espera desató una oleada de excesos. Las fiestas atrasadas se encadenaban unas con otras. Los encuentros sexuales de internet se dispararon. Eso favoreció la oleada de enfermedades de transmisión sexual, los asaltos y el vandalismo. Luego vino el tsunami de intoxicaciones por consumo de sustancias para bajar de peso. La crisis económica, el daño ecológico de plásticos y cubrebocas desechables. Volvimos a creer en el fin de los tiempos y en la ira de Dios. No tardaron en aparecer sectas apocalípticas, líderes carismáticos y sus víctimas propiciatorias: primero médicas y enfermeras y luego partidarios de los gobiernos precedentes. Comenzó la Nueva Edad de la Normalidad Media.

HUÉSPEDES

Los fantasmas de los hoteles permanecen ahí; para ellos, los fantasmas somos nosotros, que nos deslizamos por los pasillos, con la mirada extraviada —de euforia o melancolía—, apurados, vagabundos. Huéspedes pasajeros que se aparecen para no ser vistos nunca más.

¿ESTÁS AHÍ?

Aquello que la llevará a la muerte se le aparece de vez en cuando: algún accidente de tráfico, un montón de canas, algún síntoma de una enfermedad degenerativa, un pastel con dema-

siada azúcar. Por supuesto, le teme y le gustaría afrontarla con mayor valentía, pero se distrae y se olvida del asunto. Porque es, sin saberlo, un poco valiente.

SESIÓN ESPIRITISTA

¿Embrujada, mi casa? De ninguna manera. Solo que mi gata se esconde en los rincones más oscuros: fui tras ella —todavía la oigo maullar— y ya no supe cómo regresar. ¿Ustedes la han visto?

LA HERENCIA

Por Amado Salazar

Un rico hacendado repartió su herencia entre sus tres hijos del siguiente modo:

Al mayor le dejó su hacienda. Allí lo sepultaron al poco tiempo de tomar posesión de ella.

Al mediano le dejó los caballos. Nunca llegó a montar ninguno porque la muerte también lo sorprendió prematuramente.

El menor me contó esta historia durante un paseo a caballo por su hacienda. Cuando le pregunté qué le había dejado su padre a él, me contestó que sólo un rifle viejo pero efectivo. Dijo también que lo había vendido tras morir sus hermanos, ya que no iba a necesitarlo más. Sin embargo, poco después decidió comprarse uno nuevo.

—Mi padre fue un adúltero incorregible: quizás le sobrevivían más hijos todavía —explicó con una sonrisa.

INTRIGAS PALACIEGAS

Muerto el rey a manos de furtivos conspiradores, su hijo ascendió al trono. Como aún era joven e inexperto, acudió a su tío en busca de consejo.

—No estarás a salvo hasta que mueran los traidores —le advirtió éste—. Si lo deseas, yo mismo comandaré las pesquisas y castigaré a los responsables.

El joven rey accedió a la propuesta.

Dos días después su tío lo convocó a una reunión urgente.

—Sospecho de la guardia real —le confidenció—. Nadie habría podido acercarse tanto a mi pobre hermano sin su colabo-

ración.

Inmediatamente el rey mandó a ejecutar a todos los guardias por alta traición.

Al cabo de una semana, el tío volvió con más acusaciones. Esta vez contra la corte del difunto monarca.

—Es imposible que nadie haya visto ni oído nada —le explicó—. Apuesto que alguien sabe más de lo que aparenta.

Todos los cortesanos, incluyendo a sus sirvientes, fueron minuciosamente torturados. Aun así, ninguno confesó.

—Me temo que es peor de lo que pensé —se horrorizó el tío al informárselo a su sobrino—. ¡El traidor pertenece a nuestra familia!

Como no quería atentar contra su propia sangre, el rey optó por exiliar a los varones y enclaustrar a las mujeres. Ni siquiera su anciana madre se salvó.

Y así, eliminada toda posible oposición, el tío finalmente pudo derrocar a su sobrino y hacerse con el trono.

LOS DOS HERMANOS

La indecisión carcomía al anciano patriarca de una tribu de pastores.

«¿A quién de mis hijos nombraré mi sucesor? —se repetía obsesivamente—. El mayor es demasiado flexible y el menor peca de intransigente... ¿A quién elegiré?».

Tanto lo pensó que la muerte lo sorprendió sin haber tomado una decisión.

Pasados los funerales, ambos hermanos reclamaron el liderazgo y se desconocieron mutuamente. Como no pudieron llegar a un acuerdo, la tribu inevitablemente se escindió y cada cual se proclamó jefe de su propia facción.

Al cabo de unos años, la tribu que encabezaba el menor fue

Passeri plectrum

haciéndose cada vez más pequeña, como resultado de interminables purgas y deserciones, y finalmente se extinguió.

La del mayor, sin embargo, no corrió mejor suerte, pues la disciplina entre sus partidarios se relajó tanto que no pudieron repeler las incursiones enemigas y murieron en la más humillante esclavitud.

MONARQUÍA DIVINA

Por Wulfrano Arturo Luna Ramírez

Ese invierno fue especialmente crudo. Nevado, como nunca en siglos.

Dijo el hombre en el palacio:

—Quiso la divina providencia que lloviera leche espumosa y helada, ligera y suave. Que todos los súbditos sacien su hambre y su sed.

Mas el hambre y la sed no se saciaron. Inclusive los vagabundos se rehusaban a tomarla.

Dijo el dueño del palacio:

—Corten la ayuda humanitaria. Estos súbditos son ingratos con Dios y... con su Rey.

LUNAUTISMO

21 Cofee, Colchester, Essex

El día en que llegué a la Luna, había un mundo a lo lejos, inquietantemente devastado.

HELIOS

Lo único que recuerdo es que esa madrugada, el viento sopló, y sopló, con una fuerza tal que el sol no volvió a salir. Solo se veía la penumbra del duelo, quizá era el humo de la flama extinta del astro rey.

ÍTACA-TE

Tras la conquista, Homero tuvo hambre y escribió τεντεμπιέ por descuido. Al darse cuenta, se levantó a buscar su pumicita. Al volver, eso que quería borrar ya no estaba. Ulises lo había tomado, era necesario para la ruta en su eterno regreso a las playas de su patria sin mar.

HUYAMOS

Su frágil cuerpo se pegaba a la sequedad del pasto. Miraba aún incrédula hacia la casa, que grisácea y frágil se veía a lo lejos. No se había repuesto de la commoción. El viento pasaba ligero, alborotaba algunos cabellos de su frente. Ella sentía su frescura como un alivio bajo el sol que caía en pleno pero era insuficiente para calmar el ardor de sus pensamientos.

—Go-tun, es imposible, debemos irnos ya —dijo el guardián.

No contestó, seguía absorta. Su mirada aún estaba clavada a las ventanas de la casa buscando algún indicio que le diera esperanza.

—Vamos sube ya, todos están muertos, y el sicario pronto se recuperará de los tiros, debemos irnos ahora mismo. No tendremos una segunda oportunidad con esa bestial máquina destructora.

Ante la ausencia de respuesta, se acercó más. Su cuerpo de tungsteno se clavaba en la hierba reseca haciéndola crujir. El sol seguía cayendo a plomo. Oyó un chirrido a lo lejos. Sus protocolos de respuesta le indicaron alejarse. Había que irse antes del regreso de... deliberó sobre la ironía de la adjetivación que había usado para referirse al asesino. Quiso huir, pero no se movía. Sintió ejecutarse por primera vez el algoritmo de la confusión.

MARATÓN

Por Santiago Rendón

Combatir el alzhéimer es muy parecido a jugar Maratón. Solo debes ir contra la ignorancia. Debes buscar respuestas que no tienes a preguntas que seguro no te habías planteado. Una gran diferencia es que en el juego avanzas según lo dictado por el dado, con el alzhéimer en realidad no avanzas, solo intentas evitar el avance de la ignorancia. Tú estás estático, atrapado en una casilla, respondiendo preguntas absurdas sin rumbo alguno.

Pensándolo mejor, no, no se parecen tanto. Jugar maratón es divertido, te sientes estúpido por no saber muchas cosas, pero aprendes y te ríes con los demás. Con la enfermedad todo te hace sentir que sabes cosas, y solo te sientes estúpido cuando dices algo y los demás te demuestran que no sabes nada. La ignorancia avanza una casilla. Tiras los dados, sale un dos, la ignorancia avanza y tu mente retrocede. No te alejas de la meta, te alejas de ti. En realidad jamás existió una meta. O al menos no la recuerdas. Regresas una casilla.

Anotas cosas en libretas con la esperanza de recordarlas. Necesitas apuntes para recordar cómo se llama tu familia, si ya comiste hoy o incluso la forma en la cual te anudas los zapatos. Tu agenda puede pasar a ser un libro de chistes, te ríes porque los nombres de tus contactos suenan graciosos; la verdad: no reconoces ni el de tu hija. Un día te levantas espantado porque te están lamiendo la cara. Olvidaste a tu mascota, tienes perro y ahora es tu pesadilla de las once y cuarto. Te caes de la cama entre gritos hasta que tu esposa entra a calmarte. Todo está bien, le dices mientras sonrías. Pero no, no lo está. No recuerdas cómo se llama. La ignorancia avanza seis casillas.

Tus viejos amigos del colegio vienen de visita. Te sientas a escucharlos y sonrías con cada chiste y anécdota. Te levantas, das las gracias por la invitación y sales a la calle. Una chica se acerca, te dice: «Papá, ¿a dónde vas? Estamos en casa». Te espantas. Corres. Los vecinos salen de sus casas, alertados por tus gritos. Corres hasta quedar sin aliento, hasta tropezar. La ignorancia avanza sobre ti.

Despertar en un hospital no es tan malo. Lo confundes con casa. La enfermera se espanta cuando intentas besarla con un: «buenos días, cariño». En realidad es de noche y ella todavía no ha leído tu expediente. La ficha negra se mueve hacia la meta cuando el doctor debe explicarte que no es tu padre y que tienes alzhéimer. Es interesante, entonces comprendes, en un momento de lucidez. Tu vida se parece al tablero de maratón; es una espiral plana, la cual tiene un vacío al centro como meta. Ahora comprendes que el problema no fue jugar, el problema fue elegir la ficha negra. La ignorancia casi llega al final y te sientes como si fueras ganando. La lucidez te confiesa un pequeño detalle: los demás jugadores son tu familia buscando ayudarte. Mala carta, regrese a la salida. Fin de la partida.

Jugar alzhéimer se parece mucho a combatir el maratón. Lo que debes hacer es ir con la ignorancia. Es la única forma de ganar.

ESCEPTICISMO AD INFINITUM

Por Sara Mateos

La mujer obedeció y no volvió a pronunciar palabra después del ritual de iniciación; solo indicaba «sí» o «no» moviendo la cabeza. En la última prueba el maestro le explicó: «Las cosas son meras ilusiones... Ahora ve al odeón y tráeme la primera flor tornasolada que halles». Ella asintió y emprendió el camino. Con agilidad fue esquivando los charcos y algunos objetos inexplicablemente desparramados por la palestra. De pronto, un gran agujero se abrió a sus pies. Se agachó y trató de adivinar su hondura. No vio más que oscuridad, así que lo rodeó gateando. Cuando estuvo al otro lado se levantó y corrió al odeón, pero no encontró flor alguna.

Entonces lo entendió. Incapaz de obtener un conocimiento sobre el mundo, de poseer alguna verdad, tenía que resultarle indiferente por dónde pisaba. Debió caerse en el abismo, tal vez solo contenía arena. Su mente retrocedió más. Cuando el maestro le dio aquella orden, no debió haberse movido. ¿Qué certeza tenía de haber comprendido la petición?, ¿no podían las palabras aparentar un significado y después escabullirse?, ¿qué era, después de todo, una flor? Quiso regresar, revelar de alguna forma su descubrimiento, pero era tarde. Su nombre —provisional, de cualquier manera— ya era puesto en duda en la escuela.

CONDENA BREVE

Si en los nueve círculos del infierno hay lugar para todos los pecadores, debe existir un compartimento para los minific-

cionistas. De haber publicado en tiempos de Dante, los habría mandado al octavo, con los fraudulentos. Y es que no hay nada tan maquiavélico como encandilar y seducir al alma con un escrito que, abruptamente, se acaba. Uno apenas le guiña el ojo a un personaje cuando... ¡Pum!, se esfumó.

Como se sabe, en el infierno los castigos se asignan por contraste. Así, los minifaccionistas escriben, sempiternamente, largos mamotretos con la continuación detallada de las historias que nos vedaron a los mortales en la Tierra y que, para su infortunio, los demás condenados leen y odian.

CRÍTICA LITERARIA

Era un escritor adelantado a su tiempo, por eso nunca llegó tarde a ningún sitio.

H.E.: 26 — 27

Por Juan Rogelio

Se llevaron al más pequeño...

Fue llevado a la casa grande...

Allí, se encontró a todos los demás Aparicio, reunidos en la sala de estar...

Su captor fue a darle un empellón, con mucho salvajismo, metiéndolo en el baño...

La dueña del San Bernardo soltó a su perro, que estaba más que embravecido, y lo hizo entrar, tras el pequeño...

Se escucharon muchos gruñidos, ladridos y gemidos de dolor...

Muchas veces se escucharon algunos golpecillos contra la puerta del baño...

Pese a todo, los Aparicio permanecieron impasibles, escuchando cómo el perro hacía el trabajo para el que se le había llevado...

LECTURA OBLIGADA

Por Gabriela Ladrón de Guevara

Miré por la ventana. Seguía lloviendo. El libro que estaba leyendo era interesante, pero de repente me tenía que separar de su lectura. ¿Se han enamorado de algún personaje literario? Eso me estaba pasando. Por eso, sentía que debía seguir leyendo. Había entrado a la cafetería, más con la intención de terminar el libro que con la idea de pasar el tiempo con café de *refill* y en un lugar cálido y protegido de la lluvia. No quería llegar a mi casa, no quería regresar a la realidad. Estaba más contenta leyendo y soñando. Un mechón de cabello me cayó en los ojos, deshice mi chongo y me acomodé el pelo. Era un escape para afianzarme al momento presente. Acomodé mi falda y seguí con mi lectura.

Parecía mentira, entre más leía, más sentía esa emoción del enamoramiento. Podía verla claramente: su cabello largo y ondulado, sus ojos grandes y expresivos. Amaba sus respuestas sesudas y brillantes. Me encantaba la manera en la que cuidaba a sus seres queridos. Sus miradas frías, sus sonrisas coquetas. Sí, sin duda era la mujer perfecta. La veía tan segura de sí misma, hermosa y poderosa. Y esos vestidos largos y vaporosos iban perfectamente con su complexión. Así fue hasta la página 569. Ahí concluía la historia. Saqué un pañuelo desechable de mi bolsa y sequé mis ojos con mucho cuidado, no quería correr mi maquillaje y quedar como mapache.

Cerré el libro. Había terminado. Saqué el espejo y revisé mi maquillaje. Eso fue solo un pretexto para evadirme. Me quedó un regusto de nostalgia, como de haber terminado una relación. De hecho, me sentía vacía, como si hubiera terminado con mi pareja. La lluvia continuaba. Miré hacia afuera suspirando.

La mesera se acercó. Su larga falda multicolor me distrajo. Con una sonrisa me dijo: «Más café?» Llenó de nuevo mi taza.

Sonréí. Ella vio mi libro. «¡Ah! ¡*Orgullo y prejuicio!* Seguro te enamoraste del Señor Darcy».

Lancé una carcajada y con un guiño cómplice contesté: «No, ¡me enamoré de Elizabeth Bennet!». Ver la cara de sorpresa de la mesera me devolvió el buen humor. Eso se merecía un buen sorbo de café.

EL NOMBRE DE LA JOYA

Por Vanina Pérez

Cernégula semejaba un cielo estrellado. Las antorchas danzaban cual luciérnagas ante la charca de las brujas. La sentencia había sido dictada. La horca aguardaba silenciosa junto al espino. Salazar contemplaba impávido el suceso. No había logrado salvar a la joven de la injusticia y, allí estaba, aguardando su hora. El verdugo cerró la cuerda sobre el blanco y delgado cuello. La joven gritó con todas sus fuerzas: «Sin Dios y sin santa María ¡Por la chimenea arriba!».

Salazar sintió un escalofrío recorrer su médula. Nunca, tan reales y verdaderas retumbaron esas palabras en su conciencia atormentada. Otro femicidio se consumaba ante sus ojos, para aplacar a mujeres que se revelaban contra una sociedad manipuladora y retrógrada, en nombre de un dios que le negaba el nombre de la joya.

SOMBRA

«¿Y qué es la sombra?», preguntó Hyde. «Aquella voz que nos recuerda que somos una dualidad, que nos habitan el bien y el mal».

HIPPOCAMPUS

Por Edwin García

Muy sensible se le había visto de unas semanas para acá a Daniel Campo. La última vez que se le vio sonreír fue cuando enfundado en su sombrero de baile salió al cortejo anual de caballitos de mar. Ahí, detrás de unas algas fue que conoció a Pepa Bastón. Bailaron toda la noche, Pepa, celebraba sus burbujeantes ocurrencias mientras se perseguían entre los corales, como niños pequeños. Después de una noche mágica, Pepa decidió que él era el elegido para fecundar sus huevecillos. Prometió visitarlo todos los días para ver el progreso de su embarazo. Pero no había vuelto. Daniel se sobaba su abultada barriga con la mirada perdida, estaba a días de engrosar las estadísticas de padres solteros en su arrecife.

EL CAMBIO DE FILBERTO

Ya nadie invitaba a ningún lado a Filiberto Komodo. Se corría como pólvora el chisme de que en el cumpleaños de las gemelas Guajardo, unas caimancitas muy populares en la región. Al despedirse, dio un abrazo fuerte a las festejadas seguidas de un doble beso al estilo francés que las mandó a la tumba. Ahora todos lo evitaban. Él, en respuesta, se había vuelto hurao y grosero. Pero sobretodo: temido como un dragón.

VENDETTA

El señor Pérez siempre fue un ratoncito servicial y amable. Era común verle del brazo de su mujer a cualquier parte donde iba. Un día cuando fue al Súper a hacerse de alimentos para el invierno, ella comió un trozo de jamón envenenado. Su esposa murió esa misma noche en sus brazos presa de violentos espasmos y vómitos. El señor Pérez decidió desafiar al mundo animal y humano. Investigó como hacerse del mismo veneno que había matado a su esposa. Se escondió en el refrigerador de las carnes frías por dos días, tenía puesto el abrigo que la Señora Pérez había tejido como su último regalo de navidad. Encontró los pedazos de jamón que estaban por caducar y que al próximo día se daba como prueba a los humanos en grandes pedazos. Los humanos nunca dejaban nada, por eso ellos robaban el jamón antes de las pruebas. Ese día no fue la excepción. El Señor Pérez salió de la tienda cuando el primer humano se empezaba a atragantar ante el estupor de las empleadas de salchichonería.

ÁRBOL QUE NACE TORCIDO

Joselito Grillo era hijo del célebre Pepe, la estrella de cine y único grillo que había hecho millones en Hollywood por su mítica participación en *Pinocho*. Pero Pepillo, que era como sus amigos lo llamaban, no había seguido los pasos de su padre en la actuación, solo en los excesos. Luisa, su tercera esposa, lo esperaba en la puerta del centro de rehabilitación. Al verla le dio un largo beso y todo el camino estuvo acariciando sus antenas, se le veía cambiado, pensaba Luisa, risueño y romántico, como cuando recién lo conoció. Apenas cerrar la puerta del lujoso chalet, el rostro de Pepillo se endureció, le pidió sus tranquilizantes y la mandó por cerveza.

CUESTIÓN DE VALORES

El robo había sido un éxito. Un golpe para no preocuparse de la comida por meses. Eso siempre había sido la parte fácil. La confianza entre los mapaches era una virtud muy rara. No dormían después de hacer un reparto de botín. El honor es lo que los mantenía despiertos. Todos ansiaban la redención. Y es que las tradiciones son inquebrantables, la profesión una carga. ¿Quién entre ellos no ansiaba cien años de perdón?

ADIÓS A LOS JURADOS

Por César Joao Urviola Ipanaqué

«Estuvo pensando mucho en si participar o no en el segundo concurso de minificación. Se decidió y luego de un gran esfuerzo escribió un texto sobre la diferencia entre un librero y una biblioteca, porque para algunos un librero puede ser su biblioteca y para otros su biblioteca no es nada comparada con la cantidad de libros que posee una “verdadera” biblioteca.

»El día de los resultados del concurso despertó vital, radiente, como quien se sabe ya un artista, un verdadero escritor. Esa noche supo que no había ganado nada, ni siquiera mención honrosa. No pudo dormir toda la noche. A penas aclaró el día, cogió su revólver, con cinco balas. Cinco jurados del concurso aparecieron muertos en distintos puntos de la ciudad».

Si envío esto al concurso de seguro no gano nada, quizá hasta me denuncien. O mejor lo envío y si no gano siempre está la posibilidad de que mi texto se haga realidad.

EXTRACTO DE UN CUENTO ENCONTRADO

Por Scheherezada López

*El porvenir es tan irrevocable
como el rígido ayer. No hay una cosa
que no sea una letra silenciosa
de la eterna escritura indescifrable
cuyo libro es el tiempo.*

JORGE LUIS BORGES
PARA UNA VERSIÓN DEL «I KING»

Cuando quiso regresar a casa se dio cuenta de que no sabía en dónde había dejado el automóvil. Le vino un ligero mareo por lo abrumado que se sentía. Llevaba horas en ese lugar y ahora lo que quería —no, lo que necesitaba— era regresar a casa. Trató de hacer memoria... ¿qué hizo al apearse, qué calles recorrió? La calle. Un recuerdo lo embistió. Cerca de su carro, antes de doblar una de las esquinas andadas para llegar al bar, se detuvo frente a una casa color amarillo y pensó «Aquí, en esta calle, en esta misma banqueta nos sentamos la primera vez que nos emborrachamos con mezcal ;Qué frío había! Esa noche le dije la primera mentira, la recuerdo, le susurré: «Cuando seamos viejitos te seguiré diciendo *mi niña* y te sentaré en mi regazo como ahora lo hago». A ella se le humedecieron los ojos. Al final le recité ese poema, ese del porvenir, del tiempo, ¿del destino?, cuál era el nombre... cuál. Cuando regresó de la obnubilación estaba parado frente a su carro, sus pies lo habían

llevado sin darse cuenta. Ahí, viendo su desmejorado reflejo en el cristal identificó una mueca que no supo cómo interpretar, ¿una sonrisa maliciosa, intento de llano acaso? Tratando de recordar el nombre de ese poema, decidió que no, no estaba listo para irse a casa. Regresó por el mismo camino por el cual había llegado, pero ahora con el antojo de un mezcal que pronto estaría saciado. Mientras caminaba sintió más frío de lo normal, parecía que el de aquel recuerdo se hubiera unido al del momento. Sujetó su chamarra con mayor fuerza, como si eso pudiera contrarrestar el tiriteo. Justo antes de doblar la calle supo cuál era el nombre: *Para una versión del «I King»*. Sonrió con satisfacción y siguió caminando. Había frío, sí, más que aquella noche... pero pronto entraría en calor y todo estaría bien.

FIESTA EN LILIPUT, CINCO MINIFICCIONES

Por Víctor Bahena

INSTRUCCIÓN

La práctica hace al maestro. Por eso aquel haragán era un bueno para nada.

DIVORCIO

—Te dejo la editorial.
—No, mejor déjame el coche.

MARCADOR

—Gol.
—¿A favor de quién?
—La ignorancia.

OBSTINACIÓN

Sordo a su suerte, un caracol recorrió el mundo.

BLANCANIEVES

—Vivir con doce hombres es difícil. Encima de que no te satisfacen sexualmente, alejan tus pretendientes.

EL RITUAL DE MAMÁ

Por Óscar Páez

Las sesiones empezaban por ahí de las 12:03 de la madrugada. Yo observaba desde el rincón de la cocina. En la mesa de tres patas había una güija, un péndulo y tres velas negras. A veces mamá ponía una foto y un pequeño anafre con copal. Acompañada por mis tías, repetían juntas en coro «Laura, Laura, Laura» tres veces seguidas, al principio me incomodaba, pero también me daba un poco de risa la forma en que se escuchaba mi nombre, lo que no me gustaba era cuando mamá empezaba a llorar viendo mi retrato; supongo que aún no supera que yo haya muerto tan joven.

EL ARMARIO

Cansados de estar huyendo de los insecticidas y los venenos en polvo, tomamos la decisión de mudarnos al armario de los García. Mi Jairo salía en las madrugadas a saquear el refrigerador de la familia, mientras yo husmeaba la basura para encontrar algún manjar que los niños desecharan. Unos días después escuchamos decir a la señora de la casa que ellos tirarían el ropero. La razón: era demasiado viejo y sacaba mucha polilla. Mi Jairo se puso muy preocupado, pues la vieja estufa donde vivíamos antes ya no estaba y mis huevecillos pronto nacerían. A la semana de habernos mudado del viejo ropero nos tocó ver desde nuestra vieja lata de frijoles cómo unos tipos sacaban las cosas de los García. Al verlos llegué a alegrarme: les estaban embargando su propiedad. A nosotros nos tocó ver arder aquel viejo ropero donde alguna vez fuimos muy felices y nadie se

preocupó por nosotros.

EL MANUSCRITO

Raúl llevaba catorce días escribiendo el cuento que lo volvería famoso y respetado en su país; tal vez también en el mundo entero. Su historia narraba la vida de una familia que era acechada por un extraño asesino. El primer personaje que mató en el cuento fue a la madre, después a los dos pequeños y así sucesivamente hasta acabar con el resto. La policía no podía creer cómo un hombre puede llegar a obsesionarse tanto con una historia: había sangre por todos lados, hojas esparcidas en todo el piso y, en la mesita de noche, un manuscrito incompleto.

Passeri plectrum

POLÍTICA

Por Manuel Jorge Carreón Perea

Todos estaban atentos a lo que diría el expositor.

—Vivimos una etapa de convulsión y cambio en la Ciudad. Lo que discutimos aquí sienta las bases del futuro —fueron las primeras palabras del Concejal Jacques Ramírez.

Aplausos y más aplausos, todos los presentes parecían coincidir con el Concejal Ramírez, aun cuando no había dicho absolutamente nada.

Política, le dicen.

BRUNILDA

Por Fabián Vique

Conocí a Brunilda en una fiesta de Navidad. Apareció en casa después de las doce, con una sidra en la mano, entre padres, amigos y gente desconocida. Yo tenía 18 años. En las fiestas las puertas están abiertas y la gente entra y sale aprovechando el calor y la buena voluntad. Brindamos, bailamos y hablamos de bueyes perdidos. Nos casamos poco después, tuvimos hijos y nietos. A pesar de algunos contratiempos y golpes de la vida, fuimos felices, y no mentiría si dijera que todavía lo somos. Nunca supe de dónde había venido. Cuando le pregunto, responde con alguna broma.

LOCUS AMOENUS

El canto de los pájaros sumado al sonido del agua del arroyo que corre entonan el alma humana. Es por eso que este bosque cercano a la ciudad es tan frecuentado por artistas que se abandonan al ocio y la meditación, y aguardan a las musas.

También se arriman con frecuencia los asesinos seriales de la ciudad, que traen engañadas a sus víctimas y disfrutan no solo de sus alaridos en contrapunto con el canto de los pájaros sino también de ver la sangre de sus víctimas mezclándose con el agua del arroyo que corre.

FIDELIDAD ABSOLUTA

Por Chris Morales

Para no corromper ese compromiso tan importante, adquirido desde hacía doce años, se compró un dildo. Una pieza única, personal, íntima, que le aguardaba siempre en el cajón secreto. Con esta satisfacía todas esas necesidades que por tiempo ya indefinido no cubría con su pareja. No obstante, la decepción y el impacto le aplastaron, como un gran yunque sobre sí, al encontrarlos una noche a los dos en tremendo festín orgásmico. No dijo ni escuchó una sola palabra. Tomó sus cosas y se marchó para siempre del departamento.

Jamás volvió a creer en el amor carnal ni en el de silicona.

UNIÓN ETERNA

Aprendió a comunicarse mediante el sistema Braille. No podía usar su voz al interactuar con su pareja invidente, pues causaría un dolor inmenso el revelar que la supuesta independencia, generada desde joven, fue una gran mentira y ella, como su madre, no se había despegado jamás de él.

MOTIVACIÓN

Freno mi paso cuando el insulto llega a mi espalda. Agacho la cabeza, pero el aleteo de un insecto volador me conduce la vista hacia el cielo.

Comprendo.

Un mariposón aprovecha el espacio, así que sigo avanzando.

OJO

Por María González Ramos

Un día le nació un puntito blanco entre las pestañas. No era más grande que un poro y dificultaba levemente la vista, poco importaba, los ojos verdaderamente bellos rara vez funcionan para su propósito esencial. Los suyos eran dos cascabelles a medianoche, brillantes, pero desérticos. En casa no estaba permitido llorar y ella nunca derramaba lágrimas, ya fueran de felicidad, coraje o dolor. Los protegía del sol, de las arrugas y de quien no supiera valorarlos, aunque siempre buscaba sacar provecho de ellos. Era bonita y lo sabía, las facilidades que la vida le concedía gracias a esto, alimentaban a diario su vanidad.

Gustaba de mentir sobre su edad. «¿De cuántos años me necesitas?», contestaba siempre para lo laboral y lo personal. La mirada le servía para concretar el engaño. Para sumarse años afilaba la mirada acentuando sus ojos rasgados, fruncía levemente el ceño y visualizaba alguno de sus numerosos traumas reprimidos, uno insufrible, capaz de brindarle el semblante de quien ha pasado en vida por mucho. Restarse años no era mayor ciencia, le bastaba con abrirlos al máximo para redondearlos, bajar inocentemente el mentón y jugar un poco a la tontita.

Al paso de los días el puntito fue creciendo, transformándose en una navaja que lentamente rasgaba la córnea, provocando un dolor apenas soportable, cada movimiento del ojo representaba un nuevo corte y las venitas enrojecidas comenzaron a pintar caminos en la esclerótica. Las gotitas para los ojos no surtían efecto y contener el llanto era la tarea más importante del día. Cuando ya era imposible de cubrir con rímel, el punto revirtió el curso de su crecimiento y se escondió debajo del párpado superior, hinchándolo al tamaño de una canica. Mien-

tras, una membrana de escamas grisáceas cubrió su córnea por completo. Ahora era un ojo ciego con jorobita, que de desértico sólo mantenía la apariencia de las dunas en tormenta de arena.

Harta de su belleza deformada, una tarde a solas calentó el filo de un cuchillo y se dispuso a sacar el ojo. Sin embargo, la protuberancia reventó apenas acercó el cuchillo al rostro. Los humores comenzaron a brotar del lagrimal sin esfuerzo, llanto verdoso, amarillento y lechoso le pintaba las mejillas e impregnaba, con el sabor de la melancolía, el fondo de la garganta, donde las cuerdas vibraban quedos gemidos de alivio. Treinta minutos más tarde el llanto murió y de su existencia sólo quedaba un caminito de piedritas saladas que se extendía del ojo a la comisura del labio.

Finalmente, perdida ya su antigua belleza, los ojos cumplían ahora su otro propósito esencial.

REINA

Por Eliana Soza Martínez

Ella nació princesa. Le dijeron que tendría un final de cuento de hadas. Su sentido común le indicó que el amor no la haría mejor reina; por eso decidió eludir el matrimonio y tener un amante que complaciera algunas de sus necesidades más básicas. Gobernó sabiamente por varios años. Como a muchos no les convenía que una mujer sea superior a un rey, pagaron a su querido para que la fuera envenenando de forma lenta, pero segura. Así, Elizabeth, fue una de las primeras víctimas de feminicidio real.

A BAILAR

Él, con el pelo engomado y los mocasines bien lustrados, brillando bajo las luces del salón de baile. Ella, seductora con un vestido rojo y vaporoso, un escote en forma de corazón; los labios carmesí y el cabello con copete alzado y rizos. Sus miradas se cruzan mientras comienza a escucharse el contrabajo seguido de la guitarra y la batería. Ambos cuerpos se mueven al son de la música. Los tatuajes de ella le hablan a los de él. Sus manos se buscan, bailan incansables, como si se conocieran de siempre. Los dos saben que la realidad virtual solo dura de seis a siete. Después, deben volver a sus camas, sentados en sillas de ruedas.

NOCHE DE FERIA

Por José Luis Sandín

Ella mide poco más que su trompeta. La toca bajo los destellos índigos de la iluminación. Sus carrillos suben y bajan como si inflara globos y sus dedos los anudaran. Las notas musicales que han llegado a mí, me las llevo cromáticas, flotantes, atadas con los hilos invisibles de las estrellas.

EL ESPEJO ELECTRÓNICO

Tras ponerlo en funcionamiento, jugó algunos minutos con el retraso de movimiento de su imagen reflejo. Milésimas de segundo, pero lo notaba. Así, hasta que vibró una de las esquinas de la pared blanca del fondo. La alta definición de la cara se convirtió en cuadraditos. «Pixelado», le respondió la chica de atención al cliente. «No se preocupe, esto se debe a la calibración del dispositivo. En poco tiempo dejará de notarlo».

En efecto, a la semana vio que más personas habían comprado un espejo como el suyo. Iban muy contentas, por lo que dio por zanjado el asunto de la reclamación. Más que nunca estuvo de acuerdo en que, después de todo, el humano es un ser fragmentario.

PUEBLO

Hacía mucho tiempo que había partido del lugar. El polvo y el viento habían borrado todos los ladrillos de sus recuerdos; las casas de su imaginación formaban férretros bajo el sol; el páramo se diluía en el horizonte de la mirada; las voces emergían

del barro que ya se le había formado en la garganta. Al intentar caminar, un remolino de olvidos lo convirtió en arena.

NUESTROS AUTORES

Melissa Aguilar Martínez es licenciada en Letras Hispanoamericanas por parte de la Universidad de Colima. Actualmente es titular del proyecto cultural Colibrí literario, desde el cual contribuye a la difusión y conocimiento de la literatura indígena contemporánea dirigida para el público infantil.

Gerardo Allende Hernández es docente en la licenciatura de Letras y Literatura Moderna de la Universidad Modelo, Mérida.

Víctor Bahena estudió Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su libro más reciente es *In-Molar*.

Julián Díaz es fundador del taller Melipona Encuadernaciones. Actualmente estudia la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana.

Manuel Jorge Carreón Perrea es escritor académico y de fic-

ción. Ha publicado en *Cardenal Revista Literaria* y otros medios culturales. Publicó la novela *Vía eterna* en 2020.

Lady Galvez López es directora de la revista Hecho Arte, difusora cultural y miembro del Círculo Literario Libera Femina.

Edwin Alexander García Escobar es guionista y narrador. Ha publicado en diferentes revistas y antologías de minificción.

Rubén García García es médico de profesión y escritor autodidacta. Ha publicado en diferentes antologías de microficción.

María González Ramos es egresada de la carrera en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana y del Centro de Educación Artística Frida Kahlo con especialidad en teatro.

Gabriela Ladrón de Guevara de León es profesora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, narradora oral y escritora. Sus textos han sido publicados en antologías de cuento y poesía.

Scheherezada López Betanzos actualmente es estudiante de una maestría en antropología social.

Wulfrano Arturo Luna Ramírez es profesor de tiempo completo en la Universidad Autónoma Metropolitana.

Sara Paola Mateos estudió la licenciatura en Literatura y Filosofía en la Universidad Iberoamericana. Ha publicado textos en las revistas *Contratiempo*, *Critica*, *Cuaderno de Hojarasca*, *Rúbricas*, *Argonauta* y *Plesiosaurio*.

Chris Morales es actor y escritor mexicano de textos dramáticos, cuentos y microficciones. Ha publicado en diversos sitios de internet, revistas y antologías electrónicas.

Óscar Páez estudió creación literaria en los estudios estatales de Literatura red de letras 2019 del Ayuntamiento de Acapulco, Guerrero. Es autor del libro *Los Castigados*.

Emilio Paz es profesor de Filosofía y Religión, egresado de la Universidad Católica Sedes Sapientiae. Ha publicado en el Perú y el extranjero.

Vanina Roxana Pérez es egresada de la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales dependiente de la Universidad Autónoma de Entre Ríos con el título de profesora de Lengua y Literatura. Ha publicado en diferentes revistas latinoamericanas.

Gabriel Ramos es psicólogo egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, escritor y promotor cultural. Ha publicado microficciones, cuento breve, crónica, reseña literaria y entrevistas en diversas páginas de internet y revistas.

Santiago Rendón es estudiante de Literatura en Casa

Lamm. Ha publicado en las revistas literarias *Monolito*, *Purgante* y *Monociclo*.

Adriana Azucena Rodríguez Torres es doctora en Literatura Hispánica. Profesora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras en áreas de creación y teoría literarias. Autora de los libros *Las teorías literarias y el análisis de textos* (UNAM 2016) y *Un cuento laqueado de mil colores* (UNACH 2019).

Juan Rogelio ha colaborado en diversas revistas independientes en las modalidades de poesía y narrativa.

Guillermo Romero Vázquez es licenciado en Lengua y Literatura de Hispanoamérica y docente de tiempo completo. Miembro del departamento de publicaciones en El Colegio de la Frontera Norte.

Andrés Rostro es mexicano participante en diferentes concursos nacionales de poesía.

Amado Salazar es licenciado en Historia por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Ha participado en diversos talleres literarios y publicado en una decena de medios físicos y electrónicos.

María Alejandra Saldarriaga Agudelo es estudiante de Filosofía de la Universidad de Antioquia.

Daniel San Mateo es autor de *Luciérnagas en el desierto* (Bambú 2012), *Los Ángeles es una escena del crimen* (IMC 2012) y *Nunca más serás tan joven como ahora* (GYRE 2016).

José Luis Sandín es mexicano que radica en Valencia, España.

Eliana Soza Martínez es autora de *Seres sin sombra* (2018).

J. R. Spinoza es escritor y profesor mexicano. Coedita la revista *Delatripa: narrativa y algo más*. Ha publicado diversos libros.

César Urviola Ipanaqué es profesional titulado en Derecho

y Filosofía. Escribe poesía, cuentos y actualmente ha culminado una novela. Sus escritos aparecen en revistas y antologías peruanas y mexicanas.

CARDENAL

